

**Rendición de los fuertes de Loreto y Guadalupe. Exterminio de la columna
de Márquez, en San Lorenzo y San Cristóbal.**

1867

HABÍA sido Puebla asaltada y vencida. Después de la lectura del capítulo anterior, en que se da cuenta de ese suceso, que ha formado una de las más brillantes páginas de nuestra historia militar, se representa en conjunto ante nuestra imaginación el grandioso acontecimiento.

Puebla envuelta en sombras, y luego inmensa llamarada, que parpadea en la altura y siniestra por instantes la ilumina; y la sombra, cual si más se hubiera ennegrecido, vuelve á cubrir los perfiles de torres y edificios, que por momentos, cual aparición fantástica, se vieron como estremeciéndose al temblor de la luz llameante que los alumbrara; y tras esa visión instantánea, al volver y parecer más densas las tinieblas, un gigante alarido, el estruendo de millares de estampidos, el fuego de fusiles y cañones, tronando y arrojando lumbre...

Una lucha desesperada en las sombras, y al último, viene á colorar el cuadro el albor de la mañana, y á su luz se ven destrozadas tropas asaltantes coronando trincheras, señalando su camino por sangrientos rastros regados de cadáveres y heridos en tremendas actitudes trágicas.

Es el momento culminante en la refriega: los defensores arrojan en cada fortín el último metrallazo, y los asaltantes están ya sobre los cañones; siguen los fusilazos á quemarropa y los golpes de bayoneta; el impulso de los que atacan arrastra al fin á los que se defienden, y se oyen por todas partes gritos de victoria y toques de diana; las columnas triunfadoras concurren á la plaza central, ya en plena luz del nuevo día, 2 de Abril de 1867, y reciben con militares ovaciones, haciendo descargas al aire, á su general en jefe, que jinete marcial, veloz se les presenta á la hora de la general entrada, cuando las humaredas del combate flotaban sobre las cabezas, y prisioneros y cañones enemigos, en desorden amontonados, formaban el trofeo de aquella lucha.

Puebla había sido asaltada y vencida, y los fuertes de Guadalupe y Loreto arrojaban sobre los republicanos vencedores los proyectiles de su artillería.

Entre nueve y diez de la mañana, aquel fuego de cañón, poco eficaz, empezó á hacerse más y más lento; y á esas horas el general D. Francisco Leyva, que había sido llamado para el asalto, sin que pudiera expresársele el objeto, por exigirlo el secreto que se propuso el general en jefe guardar respecto de él, llegaba cuando semejante asalto había concluído. Con sus fuerzas aumentadas sobre

la marcha, retrogradando jornada tras jornada respecto del avance de la columna de Márquez, arribaba á Puebla con 2.000 hombres de caballería é infantería y dos obuses.

Con tales refuerzos, con el efecto moral de un glorioso triunfo, con el enemigo que ocupaba á Puebla en su mayor parte vencido; con las municiones á él quitadas, llenas las cartucheras de los soldados republicanos, que quedaron vacías en el ataque; con los cañones conquistados, ya no se hacía necesario, aunque Márquez estuviera cerca por la espalda, emprender sobre los cerros de Guadalupe y Loreto asaltos que demandasen tremendos sacrificios. Se podrían dominar los fuertes y batir á Márquez, si acaso se atrevía á presentarse.

Bajo tal concepto, el general en jefe ordenó que se quebrantara á los citados fuertes, para atacarlos en su oportunidad, aprovechando al efecto la artillería útil que acababa de arrebatarse al enemigo, que era numerosa, y aquélla con que desde antes se contaba; y en tal virtud, las bocas de fuego se fueron colocando en batería, en posiciones escogidas para el caso, donde se improvisaron defensas pasajeras.

En trabajo semejante se pasó el 3 de Abril, en cuyas horas multiplicó sus labores el general Díaz, para establecer hospitales, para refundir prisioneros, para vestir y equipar de los almacenes enemigos á los batallones y regimientos; para municionarlos y organizar todos los elementos conquistados, asimilándolos á los de los triunfadores.

Mas el punto principal de mira eran los fuertes no rendidos aún. Así es que, en la madrugada del 4, los aprestos habíanse concluido y el ataque, usando de aproches y demás medios adecuados, estaba para ejecutarse; pero, dice el general Díaz en sus apuntes:

«A eso de las tres de la mañana se desprendió del cerro de Guadalupe un oficial con una linterna y un clarín que tocaba parlamento. Ordené que fuera respetado y conducido hasta el cuartel general, con las precauciones prescritas para estos casos.

«Como yo había impedido la comunicación entre los dos cerros, el de Loreto, sin ponerse sus defensores de acuerdo con los de Guadalupe, envié á poco separadamente un portaplegios, con objeto de pedir algunas garantías, mediante las cuales ofreciase se rendirían sus defensores. Intencionalmente detuve á los emisarios, y á las cinco de la mañana vino un segundo enviado del cerro de Guadalupe, y en seguida otro de Loreto, reiterando sus peticiones.

«Siendo esto ya un síntoma muy avanzado de madurez, manifesté al segundo enviado del cerro de Loreto que volviese á decir á su jefe que sólo esperaba la luz del día, que ya comenzaba á alumbrar, para iniciar mi ataque, el que sólo se suspendería si se rendía con su fuerza á discreción en el acto de su llegada, lo cual se me debía indicar con una señal que prescribí, y que de no hacerse luego tal señal, determinaría el principio de las hostilidades.

«Quise proceder primero respecto del fuerte de Loreto, sin tocar el de Guadalupe, porque era seguro que éste, al ver que Loreto se rendía, se daría prisa por hacer otro tanto, y así pasó en efecto. Uno tras otro se entregaron á discreción.

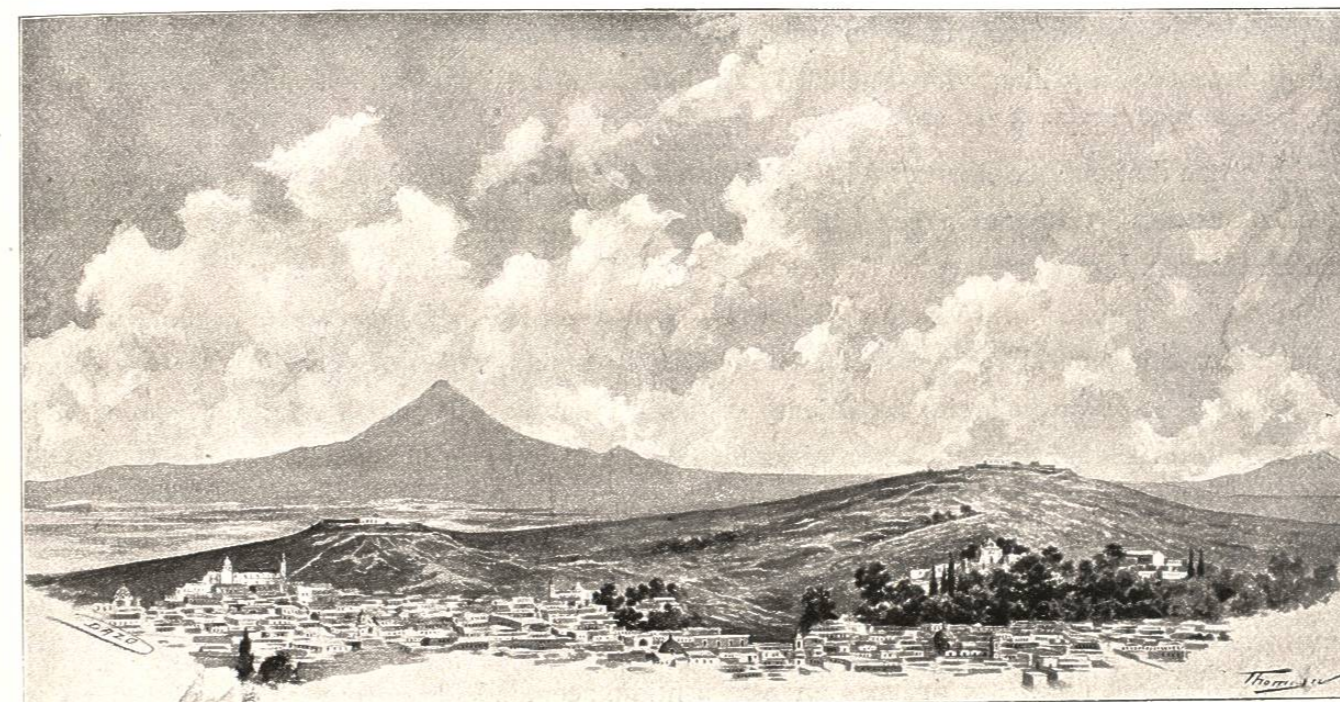
«Salieron en persona del fuerte de Guadalupe, que fué el último, los generales Noriega y Tamariz, que eran general en jefe el primero y cuartel-maestre el segundo de la plaza de Puebla. Yo subí á recibirlos al lugar que media entre las dos fortalezas, y como hablaban simultáneamente, arrebatándose la palabra, pregunté quién era el general en jefe con quien debía entenderme. El general Tamariz me dijo que lo era el general Noriega. Este contestó que era exacto, pero que habiéndose enfermado desde el día anterior, el mando había recaído desde entonces en Tamariz. Dispuse, en

consecuencia, que Noriega volviera á entrar á la fortaleza y que quedara el general Tamariz hablando conmigo, puesto que era el que se hallaba en ejercicio.

«La rendición discrecional de los fuertes quedó definida.

«Al ver que los oficiales que para entregarse salían no llevaban sus equipajes, les dije que podían volver á su posición para tomarlos y salir con todo lo que les perteneciera, menos armas y caballos. Esto produjo un rayo de esperanza en el ánimo de los prisioneros, que se consideraban enteramente perdidos; sin embargo, no pasó otro tanto con los generales, que, como era natural, consideraban más comprometida su situación.

«Después de haber reconocido las dos fortalezas y dado las órdenes conducentes á la conservación y almacenaje de los materiales que contenían, y cuando volví al palacio municipal, que había



LOS FUERTES DE LORETO Y GUADALUPE

tomado por alojamiento desde el día del asalto, los generales, que estaban presos en un departamento del mismo, solicitaron hablarme y me suplicaron que les concediera la entrada de algunas personas de sus familias, con quienes deseaban comunicarse, así como la de sacerdotes católicos y notarios. A virtud de ello, se les concedió amplia comunicación.

«A eso de las tres y media de la tarde fui á decirles que tomaran sus tocados y salieran conmigo. Los conduje personalmente, y sin más escolta que mis ayudantes, al palacio episcopal, donde estaban todos los prisioneros de coronel á subteniente, que serían como trescientos, y donde estaban también tres obispos á quienes había notificado prisión. Una vez allí, y hallándose todos juntos, les manifesté que según las leyes vigentes estaban sujetos á pena de muerte; pero que tratándose de un número tan grande, me parecía que el Gobierno, cuando tuviera conocimiento del caso, haría alguna gracia; mas que para eso siempre era necesario conservarlos en prisión muy rigurosa, que deseaba evitarles si se comprometían bajo sus firmas á presentármese cuando los llamara por la prensa, caso de que ello se me exigiera por el Gobierno; que procedía yo así por el deseo expuesto, y también por la gran confianza que tenía en la victoria de la República, aun en el supuesto de que fueran

desleales á sus compromisos. Todos contestaron conmovidos que se sometían y comenzaron á firmar el documento de obligación, que les hice leer en voz alta, saliendo en libertad según iban firmando.

»En el siguiente parte oficial di cuenta al ministro de Guerra de la rendición de los fuertes:

»República Mexicana.—Línea de Oriente.—General en jefe.—En la mañana de hoy se han rendido los dos fuertes de Loreto y Guadalupe, sin condiciones de ninguna clase, con toda la artillería de su dotación, un gran repuesto de municiones y todas las armas que tenía su guarnición. Con la rendición de ambos fuertes ha quedado completa la posesión de la plaza.

»Hallándome expedito para nuevas operaciones, hoy emprendo mi marcha sobre las fuerzas de D. Leonardo Márquez, que, según los partes recibidos, se halla á distancia de quince leguas de ésta.

»Lo que tengo el honor de participar á usted para su conocimiento y el del señor Presidente, felicitándoles por este nuevo triunfo, obtenido sin derramar sangre.

»Independencia y libertad.—Puebla de Zaragoza, Abril 4 de 1867.—*Porfirio Díaz*.—Ciudadano Ministro de Guerra y Marina.»

La orden de poner en libertad á los prisioneros de Puebla, la hice extensiva el mismo día 4 á todos los que conservaba en Oaxaca y otros lugares de las batallas de Miahuatlán, La Carbonera y toma de Oaxaca. Inserto en seguida la orden que expedí con este objeto:

«Ejército republicano.—Línea de Oriente.—General en jefe.—En uso de las facultades de que me hallo investido por el Presidente de la República, he tenido á bien disponer que los prisioneros hechos por el cuerpo de ejército de Oriente, en las batallas de Miahuatlán y La Carbonera, en la ocupación de la ciudad de Oaxaca, en el asalto de esta plaza, y en la rendición de los fuertes de Guadalupe y Loreto, queden en libertad de residir en el país en el lugar que elijan, permaneciendo por ahora bajo la vigilancia de la autoridad local y á disposición del Supremo Gobierno.

»Los extranjeros que quieran residir en el país quedan sujetos á las mismas condiciones, y los que deseen salir de la República podrán hacerlo libremente.

»Sírvese usted librar sus órdenes en este sentido, aceptando las protestas de mi estimación y aprecio.

»Independencia y reforma.—Puebla de Zaragoza, Abril 4 de 1867.—Firmado: *Porfirio Díaz*.—Ciudadano Comandante militar del Estado de...»

Así concluyeron las jornadas históricas del 2 al 4 de Abril de 1867.

La generosidad del general Díaz, después del completo triunfo y cuando, según su sentir, expresado á los agraciados, ella no comprometía ya los intereses nacionales que estaban á su cargo, se desbordó de su gran corazón. ¡El magnánimo, ante la indudable victoria de la República, se veía, después de mucho tiempo de reprimirse, en libertad de obrar según sus sentimientos, cuando acababa de ser sacudido por emociones tremendas, y satisfacía con aquel acto de gracia una necesidad piadosa!

Estaba entre los prisioneros un jefe que, en calidad de autoridad política y militar del Imperio, había ofrecido, por circular impresa, una cantidad de su peculio por la aprehensión del general Díaz cuando efectuó en 1863 su evasión de Puebla, y entonces, tal aprehensión habría sido la segura muerte del general. A ese personaje lo llamó especialmente el jefe republicano, le estrechó la mano y le devolvió un ejemplar de la circular aquella que llevaba consigo.

Con tal episodio quedó sellado el acto de perdón.

Pero la lucha iba á seguir; las tropas de Márquez estaban en campaña, y la capital de México guarnecida detrás de esas tropas.

El vencedor de Puebla, sin dar descanso á las suyas, establecidos los hospitales, recogidos los abundantísimos pertrechos de guerra, el día 5 se adelanta veloz á encontrar á Márquez, con sólo fuerzas de caballería, mientras la infantería y artillería hacen sus marchas ordinarias.

El día 6 se avista con la columna imperialista en San Diego Notario, la cual destaca sus tropas montadas sobre las republicanas, y tiene efecto un encuentro de caballería, en que es rechazada la imperialista, á la que el general Díaz persigue hasta que se puso al amparo cubriéndose con el grueso de fuerzas de que dependía, que se había posesionado en la citada hacienda de San Diego Notario.

La caballería del general Díaz al recibir el fuego de cañón de la línea de batalla de Márquez, se dirige á un flanco á cubrirse con unas colinas, en espera del resto de fuerzas de las otras armas que estaba para llegar, por haber podido, en tiempo, hacer una marcha que les acortó el terreno perdido en rodeos verificados antes por Márquez, y los cuales, en seguimiento del mismo, ejecutó la caballería de vanguardia.

Por lo demás, aquel encuentro de tropas montadas había sido más costoso para el enemigo que para las fuerzas republicanas, pero las bajas se nivelaron al entrar en acción la artillería de Márquez. La pérdida de aquéllas fué de veinte muertos y veintiocho heridos, contándose entre los primeros el teniente coronel D. Ignacio Sánchez Gamboa.

Esos heridos y los que el enemigo abandonó sobre el campo, se enviaron luego á Tlaxcala para que se les atendiera.

Ya entrada la noche de ese 6 de Abril, aparecieron las fuerzas republicanas de infantería y artillería, que se unen á la caballería de vanguardia.

El general Díaz, luego, les pasa revista de armas y municiones y se encuentra con que en las paradas de cartuchos no había la dotación de cápsulas correspondiente, que siempre iba anexa, á virtud de que en Puebla apresuradamente se habían repartido las municiones tomadas de los almacenes enemigos. Ante aquella contrariedad, el general en jefe manda en el instante á un grupo de oficiales montados que vaya á Puebla á todo galope, por la capsulería que podían traer consigo, y con órdenes de que se enviase un carro tras ellos. En la carrera sucumbieron algunos caballos de aquellos oficiales, cuyos caballos se reponían sobre la marcha; pero á las cuatro de la mañana del día 7 estaban de regreso con las cápsulas necesarias para la infantería, y un carro con aquella parte de las municiones de guerra, en marcha para alcanzar á las tropas.

En lo que se refiere á esos momentos de la campaña, dice el general Díaz en su Autobiografía:

«Durante la noche del 6 de Abril, el enemigo sigilosamente había practicado un rodeo para emprender su marcha por el camino que conduce de San Diego Notario á la hacienda de Guadalupe sin tocar á Tlaxcala.

»Como para seguir su movimiento y batirlo tenía yo necesidad de marchar primero hasta San Diego Notario, me pareció más obvio contramarchar por Tlaxcala, procurando cortarlo en el Paso de Tortolitas.

»Cuando llegué el día 7 al Paso mencionado ya era de noche, y el enemigo había arribado á la hacienda de Guadalupe, donde pernoctó. Aun no amanecía cuando proseguí mi marcha, pero Márquez la había emprendido desde media noche, dejándome en esa hacienda los heridos que llevaba, procedentes del encuentro de caballería que se efectuó dos días antes. En los momentos de

atravesar por la misma hacienda se me presentó el coronel D. Jesús Lalanne, avisándome que en un monte cerca de la hacienda de San Nicolás el Grande tenía 400 caballos y 600 infantes, que había organizado en el Estado de México. Le ordené que hiciera lo posible por detener con esa fuerza el paso de Márquez, aun cuando fuera por algunos momentos, puesto que estaba tan bien colocado para ese servicio, con objeto de que yo pudiera alcanzarlo en su marcha, que era muy rápida; y al mismo tiempo, puse á los batallones 1.º, 2.º y 3.º de cazadores de Oaxaca á la grupa de la caballería, lo mismo que los pelotones de artilleros de dos baterías rayadas, cuyos cañones fueron ayudados en su marcha por la caballería, que estirando á cabeza de silla, aliviaba el trabajo de los tiros. El coronel Lalanne sacrificó su fuerza, pero cumplió mis órdenes; fué destrozado casi por completo entre las haciendas de San Nicolás y San Lorenzo; mas debido á esa circunstancia pude, el día 8, alcanzar al enemigo, que se encastilló en la hacienda de San Lorenzo y mandó á mi encuentro toda su caballería, creyendo tal vez que mis fuerzas aun no se habían reunido y que, como antes, sólo con tropas montadas tenía que habérselas.

»Fueron rudamente rechazados sus caballos, hasta sus posiciones, y yo establecí mi columna ligera de vanguardia á su frente, extendiéndome después semicircularmente, con la colocación que fuí sucesivamente dando á las demás fuerzas que llegaban, y cuyo arribo estuvo efectuándose hasta la media noche de ese día 8.

»Por el reconocimiento que, al amanecer del día 9, hice del campo enemigo, aprovechando las alturas vecinas á la hacienda, comprendí que no estaba acampado dentro de la finca, sino en los barbechos, dejándola por delante como defensa contra nuestros fuegos de cañón. Establecí entonces una batería de montaña sobre una eminencia que hay en un flanco, desde donde comencé á batirlo, y le obligué así á abrigarse en la hacienda.

»Al anochechar del día 9 llegó un ayudante mandado por el general Guadarrama, á quien había desprendido de Querétaro el general Escobedo, con una columna de cuatro mil caballos, en observación de Márquez, y me participó dicho ayudante que aquel jefe se ponía con ella á mis órdenes. No tenía yo noticia de la venida de esta fuerza y ordené al general Guadarrama que con toda su división cerrara, por el Sur y Occidente, el sitio que yo había empezado á poner á la hacienda por la parte oriental; pero Márquez se apercibió de la operación al iniciarse é hizo salir en la madrugada un carro con dinero, conducido por una fuerza de húngaros, por un vacío que aun no cubría Guadarrama. Esto causó alarma en sus tropas, vecinas al paso de aquella fuerza, las que se ocuparon de batirla; y entonces el general imperialista, que sin duda estaba en acecho del resultado de su ardid, aprovecha el incidente para salirse por parte opuesta con rumbo á San Cristóbal, tomando la carretera que conduce á Texcoco.

»Cuando yo lo advertí, envié á los municipales de Calpulalpam, que estaban conmigo, que fueran á mandar destruir el puente de San Cristóbal, único paso para trenes que podían aprovechar los imperialistas; pero á causa de su gran extensión, mis agentes no tuvieron tiempo para destruirlo completamente, mas lo desaterraron, dejando los maderos desnudos, y pretendieron quemarlos, á lo cual ya no dió tiempo el enemigo, que llegó en esos momentos.

»Al mismo tiempo que ordené la destrucción del puente, salí con la caballería de Leyva y la de Toro, á gran trote, sobre Márquez; en el camino se me incorporó el coronel Lalanne, y poco después, cuando ya amanecía, el general Guadarrama con el grueso de su división. Había dejado orden de que todo el cuerpo de ejército siguiera mi movimiento.

»Advertido Márquez de que el puente estaba inutilizado, mandó violentamente á unos ingenieros para repararlo, cosa que hubiera sido muy fácil; pero éstos, sin reflexión, metieron el carro en donde llevaban sus instrumentos de zapa sobre los maderos desnudos de que he hablado, y pasadas las patas de las mulas y las ruedas del carro en los claros que dejaban, quedaron allí sin poder moverse, sirviendo de obstáculo en el paso del citado puente, por cuyos macizos flancos desfilaban la infantería y caballería confundidas y en condiciones de derrota. Esto, por otra parte, completaba la obstrucción para el efecto de hacer pasar los trenes. En tales condiciones dispuso Márquez arrojar al fondo de la barranca, que es muy profunda, toda su artillería, con excepción de dos piezas de montaña, de á siete, que hizo pasar en hombros, en momentos en que ya lo batíamos á corta distancia. Le pareció posible detenernos en aquel paso tan estrecho, y con ese objeto se colocó en aptitud de defensa, del otro lado del barranco; pero una vez que empezamos á batirlo seriamente, huyó dejándonos unos 2.000 infantes prisioneros.

»Seguimos la persecución todo ese día hasta Texcoco, con muchos episodios muy poco sangrientos para nosotros, pero fatales casi todos para el enemigo. En la hacienda Blanca hizo éste un supremo esfuerzo de resistencia, que nos causó algunas pérdidas, entre ellas la del coronel D. Mucio Maldonado, que fué muerto al tomar al enemigo las últimas dos piezas de montaña que le quedaban.»

Los restos de las derrotadas fuerzas, como es natural, se defendían en desorden: la caballería austriaca ejecutó bravamente vueltas ofensivas, y así el desastre fué consumándose, huyendo los imperialistas, avanzando los republicanos, que hacían prisioneros aquí y allá.

Doce leguas se persiguió al enemigo, que perdió en esas jornadas 19 cañones y más de 2.000 hombres, que cayeron prisioneros, sufriendo también considerables bajas en muertos y heridos, y unos 800 dispersos. Los restos de aquella división destrozada entraron á México en la mañana del día 12. Su jefe estaba allí desde el día anterior, disponiendo lo necesario para la defensa de la plaza.

El mismo día 11, por la noche, fuerzas de caballería del general Leyva llegaban á inmediaciones del Peñón y de otros puntos cercanos á México.

El general Díaz prosigue su exposición en estos términos:

»La fatiga del día y de la noche del 10 había sido tan fuerte para la tropa, cuyo número no le permitía encontrar alimento en el trayecto recorrido, que es muy poco poblado, que no me pareció prudente continuar el alcance y mandé que lo siguiera solamente el general Leyva con su caballería, que era de la localidad. Continúa, pues, tal fuerza, en toda esa noche y parte del día siguiente, hasta cerca de los suburbios de la capital, y fué ayudada por los indios cazadores de patos que hay por el rumbo del Peñón, en los pueblos situados en las márgenes de los lagos de Texcoco y Chalco, á quienes ocurrió destrozar los puentes, obligando así á la caballería enemiga á atravesar pantanos inaccesibles, de donde muy pocos podían salir á caballo, una vez metidos allí, y esto bajo los fuegos de los indios y de la caballería perseguidora.

»Una vez en Texcoco, ordené á todas las fuerzas que aun quedaban en marcha, que acamparan por brigadas en los puntos en que respectivamente se les acabara la luz del día, y que emprendieran su marcha al día siguiente hasta incorporármese en dicho lugar, donde permaneci con ese objeto; y ordené que la brigada que mandaba el coronel D. Francisco Carreón, y que había dejado durante la persecución en el puente de San Cristóbal, para custodiar los prisioneros del enemigo y el material de guerra que había arrojado á la barranca, permaneciera allí hasta que todo ese material fuera sacado y conducido á Texcoco, para cuyo efecto mandé una sección de ingenieros.»

Por tal manera se consumó la derrota y alcance de las fuerzas de Márquez, quien, como hemos dicho, preparaba á continuación la defensa de la ciudad de México.

El general Díaz no se dió un instante de reposo para lograr destruir la columna imperialista; tras la toma de Puebla, lo vemos correr con caballería á buscarla á San Diego Notario; á batirla con sus tropas unidas en San Lorenzo, adelantándose á ellas con una columna ligera; montando á la grupa de los dragones, infantes y artilleros, lo vemos activo, marchar á derrotarla en San Cristóbal y perseguirla por Texcoco, hasta conseguir su completo exterminio, teniendo que sacrificar una fuerza aislada en las peripecias estratégicas de sus marchas rápidas, para conseguir el final objeto.

Durísima, batallosa fué la ardua tarea; mas los resultados correspondieron al empeño del general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente.

Si tal empeño no hubiese esforzado, acaso Márquez, diestro y emprendedor, esquivando á Guadarrama, logra volver á México salvando sus elementos, que habría unido á los existentes en la ciudad, para con mayores probabilidades hacer la defensa de la misma.



XXXI

El general Díaz sitia la capital de la República.

1867

EL día 12 de Abril de 1867 dos escuadrones del general D. Francisco Franco, que pertenecían á la división del general Guadarrama, ocupaban la villa de Guadalupe, que se apresuró á evacuar un destacamento enemigo, que de prisa se concentra en México. El general Leyva ocupaba el Peñón el propio día.

En la mañana del 13 el grueso de la división de caballería del general D. Manuel Toro y el de la del general Guadarrama llegaban á las inmediaciones de la capital, y á mediodía lo verificaba toda la infantería y artillería del cuerpo de ejército de Oriente, con su general en jefe á la cabeza. Sólo había quedado á retaguardia la brigada del general Carreón, ocupada en recoger en la barranca de San Cristóbal los trenes arrojados allí por Márquez en su huida.

El sitio, pues, de la plaza, principió: el general Díaz estaba al fin frente á la capital de la República.

De su Autobiografía tomamos lo pertinente para dar idea del establecimiento del sitio con relativamente escasos elementos, para extender luego una línea de circunvalación sobre una ciudad cuyo diámetro medía cinco kilómetros, demandando por consiguiente dicha línea un desarrollo de quince á lo menos al estrecharse y de diez y ocho como minimum en su iniciación.

Por tal manera, el general se valió de medios diversos para suplir deficiencias; y colocando tropas estratégicamente, dió de pronto seguridad al sitio que emprendía.

No juzgó que, dadas las condiciones ventajosas que había conquistado tras la toma de Puebla y exterminio de la columna de Márquez, fuera indispensable el sacrificio que impone un asalto, y menos cuando consideraba lo que la capital de la República hubiera de sufrir en él.

Las circunstancias habían cambiado, debido á los esfuerzos verificados antes, y daban ya lugar á consideraciones de esa naturaleza.

Dicho esto, insertemos lo que, con relación á los hechos, explica el general en su Autobiografía:

«Desde mi aproximación á México, comencé á establecer un línea de aproche sobre la ciudad, tomando por base los terraplenes que forman las riberas del río del Consulado. Así ocupé todo su frente occidental, desde el rancho de Santo Tomás hasta cerca de Chapultepec. Establecí primero